

## Segundo Domingo Ordinario Ciclo A/2014

Todas las lecturas de este domingo nos hablan del siervo de Dios y de su mandato de traer la Salvación al mundo. Nos invitan a reconocer a Jesús como ese siervo que salva al mundo y a seguir su guía para nuestra salvación.

La primera lectura del profeta Isaías habla sobre la vocación del siervo de Dios. Muestra que a través de la obra de ese siervo, la gloria y la luz de Dios se mostrarán al mundo entero. Enseña también que Dios ha preparado a su siervo para esta misión de modo que pudiera ser el agente para la unificación y la restauración de su pueblo.

Lo que este texto nos quiere dar a entender es la idea de que el siervo de Dios es un instrumento de propósito divino y el mediador de su palabra salvífica para el mundo. Otra idea es que Dios elige a los que desea que trabajen para él, los predestina también de manera que sirvan para la misión que él les ha confiado. Por último, es verdad que cada vez que uno de los siervos de Dios cumple adecuadamente su misión, es Dios que es alabado a través de su obra.

Este texto nos permite entender el interés del Evangelio de hoy cuando habla del testimonio de Juan el Bautista sobre Jesús, el siervo de Dios. Ante todo, el Evangelio dice que cuando Juan vio a Jesús acercarse, lo reconoció como el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.

También dice en forma de comparación entre ellos, que Juan reconoció la superioridad y precedencia de Jesús sobre él. Después de esto, el Evangelio habla de la confesión de Juan al revelar la razón por la que él era bautizado con agua, concretamente para que Jesús fuera conocido en Israel.

Finalmente, el Evangelio nos cuenta la manera en que Juan conoció a Jesús al tiempo que bautizaba en el Jordán y le era revelado que la persona sobre la cual descendía el Espíritu Santo era el Hijo de Dios y el que bautizaría en el Espíritu Santo.

¿Que aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de Jesús como el poder de Dios para perdonar al mundo. De hecho, Juan el Bautista llama a Jesús “Cordero de Dios, que borra el pecado del mundo”.

Todo mundo sabe lo que es un cordero. Es un animal muy simple y gentil que no tiene nada que ver con la fortaleza y el poder de los carnívoros como los leones, leopardos, etc. Frente a tales animales, un cordero se encuentra indefenso, débil e ineficaz.

¿Y si tal es el caso, porque Juan llama a Jesús el cordero? ¿Que es lo que quiere decir al darle este título? Para poder entender lo que Juan piensa, tenemos que situarnos en el tiempo de la celebración de la Pascua por la liberación de los hebreos en manos de los egipcios, y en la liturgia judía del sacrificio ofrecido en el templo.

Ante todo, el culto en el templo era un rito mandatorio que todo judío tenía que realizar regularmente para poder cumplir con su Dios. En el templo, la liturgia era organizada alrededor del sacrificio que sería ofrecido en acción de gracias por las bendiciones recibidas de Dios y por el perdón de los pecados.

Para poder cumplir ese deber en el templo, el libro de Éxodo 29,38-42 recomendaba que un cordero debería ser ofrecido en sacrificio. La inmolación del cordero en el altar del templo satisfacía esa necesidad de perdón y restablecía la amistad del pueblo con Dios. Este rito tenía que repetirse regularmente mientras existiera la necesidad de obtener perdón por los pecados.

En ese sentido, cuando Juan presenta a Jesús como el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, su visión es la de Jesús como reemplazo a todos los sacrificios ofrecidos en el templo para el perdón de los pecados. Por lo tanto, Jesús es el que trae la paz entre Dios y el mundo. No se necesitan más sacrificios, su propia sangre derramada en la cruz será ofrecida por la salvación del mundo. Es por eso que Jesús es el único sacrificio que puede librar al hombre y a la mujer de sus transgresiones a la ley y de sus pecados.

Además, al presentar a Jesús como el Cordero de Dios, Juan se refiere ciertamente al evento de la celebración de la Pascua. Sabemos lo que pasó la noche en que los hebreos salieron de Egipto. Éxodo 12 nos cuenta que los israelitas sacrificaron un cordero de acuerdo a las instrucciones dadas por Moisés y Aarón. Colocaron la sangre del animal sacrificado a la entrada de sus puertas como señal de su pertenencia a Dios.

Aquella noche en la que el ángel de Dios pasó y asesino a los primogénitos de los egipcios, todos los hebreos fueron librados de la muerte. La sangre del cordero los libro de la destrucción y el ángel les recordó que ellos eran aliados de Dios. Debido a la importancia de este evento, ellos lo han guardado por generaciones

Mientras los hebreos eran librados de la muerte por la sangre del Cordero, Juan tiene a Jesús como un verdadero Cordero cuya sangre purifica al mundo de los pecados y de la muerte. En este sentido, Jesús es el único cuya sangre nos purifica y nos da vida

El pecado del mundo que Jesús borra representa algo más grande que nuestros pecados personales. Es la oscuridad del corazón humano y la situación humana en la cual participamos, algunas veces sin darnos cuenta. El papel de Jesús, por lo tanto, es el de liberarnos, el de darnos la oportunidad de cambiar nuestra actitud, para recibir el amor de Dios. Jesús borra el pecado al darnos la línea de conducta para una nueva actitud, al crear un nuevo contexto de paz en el cual podamos vivir y al darnos un corazón nuevo y un nuevo espíritu, capaz de distinguir entre el bien y el mal. Acerquémonos pues, a Jesús y pidámosle que borre nuestros pecados y nos permite vivir como hijos e hijas de la luz. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Isaías 49, 3, 5-6; 1 Corintios 1,1-3; Juan 1, 29-34**

Fecha de la Homilía: El 19 de Enero, 2014

© 2014 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase de Contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

Numero del Documento: 20140119homilia.pdf.